

In memoriam

VILMA BORDY SZIKLAY

Cardenal Baltazar Porras Cardozo

No podemos ni debemos acostumbrarnos al horror de las muertes absurdas y sin sentido que están ocurriendo a diario en Venezuela sin encontrar una respuesta, en primer lugar, de quienes tienen la obligación de preservar la vida de toda la ciudadanía sin distinciones de ningún tipo, lo que lamentablemente no está ocurriendo. En segundo lugar, como sociedad, cada uno de nosotros tiene que preguntarse si ante el desprecio de la vida, desde los no nacidos, o el drama de los menores que mueren de mengua o sobreviven en condiciones ínfimas, o los enfermos que ven acercarse la muerte aceleradamente por falta del medicamento o la atención sanitaria requerida; o, las muertes violentas callejeras o productos de prácticas represivas o torturas reñidas con el más elemental respeto a la integridad física, mental y espiritual de las personas. Muertes como las de Fernando Albán o el espeluznante relato de Lorent Saleh indican que los umbrales de la inhumanidad son los que reinan en algunos estratos de nuestra sociedad. A lo anterior hay que agregar la proliferación de ciertas prácticas que nos retrotraen a la edad de piedra: ritos satánicos, ceremonias con cadáveres, sacrificios de animales y hasta de personas, según algunos testimonios, que convierten los camposantos en lugares de profanación y de peligro hasta para ir a visitar la tumba de familiares o amigos.

Pero a estos casos que ocupan los primeros titulares noticiosos hay muchos otros, de gente buena y sencilla, que en el silencio y la quietud de muchas de nuestras comunidades, se dedican a ayudar al prójimo desde muy diversas ópticas. Uno de estos terribles episodios sucedió en nuestra inmensa Guayana, en Caicara del Orinoco. Se trata de la Sra. Vilma Bordy Sziklay, venezolana, hija de emigrantes húngaros que llegaron a Venezuela después de la segunda guerra mundial. Nació en Caracas el 30 de enero de 1951 en un hogar de tres niñas. Se graduó de normalista en el Colegio San José de Tarbes de Caracas donde realizó todos sus estudios.

En Caracas contrae matrimonio con Antonio Villanueva Garrido, oriundo de Caicara del Orinoco y nace su único hijo: Antonio Villanueva Bordy en 1977. En 1980 el matrimonio se residencia en Caicara donde trabaja como educadora; allí crece su hijo Antonio, quien a los 16 años se traslada a Puerto Ordaz para formarse como Ingeniero, y trabajó en Sidor varios años, pero la situación que todos conocemos de las empresas básicas, lo llevó a emigrar a México donde vive actualmente. En 1998 se separa de su esposo. Su ruptura matrimonial fue de mucho sufrimiento para ella, se acerca a la Iglesia y comienza una etapa nueva en su vida que la va a dar sentido a su vida.

A partir de ese año Vilma se entrega de lleno a la Iglesia, primero como catequista, y después en todos los servicios parroquiales: evangelización de adultos, cáritas parroquial, atención del Centro Pastoral de su Sector dedicado a San Juan Bosco, etc. Fueron 23 años de entrega total a la Iglesia en Caicara del Orinoco. Sólo se ausentaba unos dos meses al año para compartir con su hijo y su familia, en Veracruz, México, donde trabaja exitosamente. Quiso llevarse a su mamá con él, pero para ella, servir a los más pobres en Caicara, ejercer como maestra y catequista, era su prioridad.

Una hermana de su ex esposo, su hija y otras personas allegadas a ellas se involucran en el mundo de la santería y brujería, hacían ritos de sacrificios de animales y ritos de tipo satánico. En varias ocasiones la presionaron para que les cediera la casa donde Vilma residía. Aunque sentía miedo, pues vivía sola, nunca creyó que fueran a atentar contra ella. La parcela donde

está su casa es parte de un terreno más amplio en donde también tienen sus viviendas algunas familias ligadas a su exesposo. Víctima de uno de estos ritos perdió la vida. El horrendo crimen ocurre la noche del pasado sábado 20 de octubre y enterrada de mala manera en el solar de la casa por los victimarios. Los vecinos y allegados presumen se realizaron ritos satánicos, pues era voz populi la realización de los mismos por esas personas.

Cabe destacar que Vilma se granjeó la amistad de vecinos y colegas, amén de haber sido una mujer de talante católico con gran participación en las actividades religiosas organizadas por la Parroquia Nuestra Señora de la Luz, regida por los padres Malagueños, quienes desde hace más de 35 años son misioneros en el Municipio Cedeño, de 46.000 kms 2, que abarca Caicara del Orinoco, con sus casi 100.000 habitantes y las parroquias, Santa Rosalía, Ntra. Sra. del Valle en Morichalito (Los Pijiguaos) y Ntra Sra. del Carmen en la Urbana. Su hijo Antonio vino a la exhumación de los restos de su mamá y comunicó a Mons. Ulises Gutiérrez, Arzobispo de Ciudad Bolívar, su deseo de hacer entrega a la Iglesia de todos los bienes de su señora madre para uso social de la parroquia en Caicara.

Este hecho ha pasado desapercibido para la mayoría de los venezolanos. Averiguar y hacer justicia para que estos hechos no se repitan es obligación de las autoridades. Pero, para todos nosotros, es una clarinada de alerta. Por esa senda caminamos hacia un abismo infernal. Por otro lado, nos queda el testimonio hermoso hasta la entrega martirial de esta mujer a quien podemos considerar como una bautizada, una santa, que lo dio todo por amor a Dios y al prójimo. La paz es obra de la justicia y "la firme voluntad de respetar la dignidad de las personas es absolutamente imprescindible para construir la verdadera paz" (GS 78). Descanse en paz.

45.- 28-10-18 (5567)